

El Mensajero de María Reina de los Corazones

ROGUEMOS POR ESPAÑA

LA Inmaculada! Siempre ha sido para el mundo entero y singularmente para España, el ocho de diciembre fecha de singulares alegrías, de extraordinarios entusiasmos, de muy cordiales fervores.

Queremos recordar aquellos tiempos, muy cercanos todavía, en los que el pueblo español, sin distinción de clases, celebraba esta fiesta con las mayores demostraciones de amor y de gratitud hacia la celestial Reina, que ha sido la Madre de España. Nuestro ejército vistiendo de gala, como en los faustos acontecimientos de la patria; la bandera nacional ondeando en los edificios públicos; las poblaciones todas rebosantes de populares y religiosos festejos; las iglesias repletas de fieles y las procesiones lucidas, alegres, con el matiz singular que a la piedad cristiana presta la juventud española. ¿No eran estos y muchos más festejos, como otras tantas palpitaciones de amor de un pueblo que se siente feliz rindiendo vasallaje y amorosa pleitesía a quien es la fuente de las grandezas que le colocan sobre el nivel de todos los demás pueblos?

Aquella explosión de patriótica alegría se ha convertido en hondo suspiro de amarga pena. El fervor religioso ha tenido que replegarse al interior de los templos, y en algunos sitios, al sagrado de las conciencias. Pasó sobre España el huracán infernal; el reptil satánico se ha estremecido de rabia y ha querido morder al pueblo que es el trono de las glorias de María. Y una de las consecuencias, transitorias siempre, de estas asechanzas del averno es el velo de tristeza con que, al llegar el día de la Inmaculada, se cubren nuestros corazones... Ayer, de gala; hoy, de